





PLANETA

JUVENIL

# LOS TRENES SE DEMORAN

LISET LANTIGUA

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: Shutterstock

© Liset Lantigua, 2018

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2018

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-7174-7

ISBN 10: 958-42-7174-1

Primera edición: septiembre de 2018

Impreso por: Editora Géminis S.A.S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

## LISET LANTIGUA

(Nació en Cuba, en el año 1976 y reside en Ecuador desde 1997). Comparte las nacionalidades cubana y ecuatoriana. Es poeta y escritora de Literatura Infantil y Juvenil, biblióloga, profesora de Literatura y editora. Es Máster en Edición por la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha trabajado como consultora en formación de lectores y en trabajo con la obra literaria. Su obra ha recibido importantes reconocimientos nacionales e internacionales, como Lista de Honor IBBY 2008 por su novela *Y si viene la guerra* (2006), y el Premio Nacional de Novela Darío Guevara Mayorga, de Ecuador, por *Contigo en la luna*, en el año 2009, y por *Mellamo Trece*, en 2013.

Entre otros libros suyos están *Gato ama a Lola* (2011), el poemario para jóvenes *Ahora que somos invisibles* (2010), *Estas son mis manos* (2012), *El papá pintor* (2012), *Mi casa no es un naufragio* (2012), *Sofi, tu mirada* (2013), y *Quiero ese beso* (2013).



*Cuando, convencido de que tu tren no va a llegar nunca,  
te montas en uno cualquiera que va a salir y sales.  
Ves entrar en la estación, majestuoso y lento,  
el tren que tanto habías esperado.  
La vida suele equivocarse la hora de las citas.*

ANTONIO GALA





# 1

**H**abía llegado con la noche. En los cristales se reflejaba la plata del abeto, desolado desde el otoño, entre troncos sin hojas. Cerca de los pies de la muchacha un atado de leña.

La madre escuchaba desde la mecedora y un poncho pesado le iba descubriendo los hombros, la obligaba a repetir el gesto; un gesto atribulado, precario, porque el frío no daba la cara, no pasaba de ser un airecillo que adormecía las cosas.

*Eva, tu nombre me asalta, no puedo dormir. Abro la ventana y digo Eva. Abro los ojos, el alma, los rincones oscuros y tu nombre lo enciende todo como un cirio. Ni el sobresalto de la ráfaga extraña, que no sabemos dónde nace, puede mover tu lumbre hacia sí misma, encogerla, borrarla simplemente, Eva...*

Escuchaba y hundía los dedos en la fuente de habas del regazo. Volvía al hombro la mano, movía la cabeza y seguía en su afán lleno de silencio y pudor, porque Eva había

abierto el sobre como otras veces y leía lejana a sí misma y a la mano que erigió un pájaro sobre las flores para ella y que venía en nombre del amor.

*El amor es un pájaro de tela enorme que se posa a la entrada de los cuerpos.*

Por eso, cuando Eva repitió la pregunta para ella, para nadie, su madre trató de invitarla al recuerdo:

—¿Cómo quieres que sepa, hija? Intenta recordar.

Fue todo.

Y Eva comenzó a contarle el único recuerdo cercano a la gracia de la ilusión, por el misterio y por lo intemporal. No recordaba la hora del día ni el día en sí, apenas la mirada y algún olor del aire que levantó las hojas.

—Un día en el puente de Hugo vi a un muchacho que estaba solo. Tenía pecas, y tenía las manos transparentes. Después pasó Dulce, la señora de la botica, y me dijo que ese muchacho era hijo del hombre que disecaba peces.

—¿Y no hablaste con él?

—No, pero me miró. Eso no es extraño, ya sé. Lo extraño es la mirada, que se quedó un rato aquí —señaló su frente. No podía explicarlo, pero sentía que la mirada había viajado por una nebulosa antes de volver a su rostro—. Era una mirada limpia, que no indagaba nada. Si el agua tuviera ojos serían como los del hijo del hombre que... Luego caminé hasta el sitio en que el puente se llena de hojas secas, y siguió por el empedrado ese, de hace siglos.

La madre no tuvo nada que decir y Eva aprovechó el silencio para hablar de otras cosas.

—¿Por aquí pasaban carretas, Ma?

—Por aquí ha pasado de todo, hija —dijo mientras alzaba con ambas manos la fuente, sin importarle que el poncho quedara en el piso como un nido de lana—. Y ahora procura descansar, voy a pedirle a Fogón que no venga tan tarde con esas cartas. Estamos en invierno.

\* \* \*

Y el invierno en ese lugar es así.

Se aclara con la nieve y los pinos se vuelven rígidos como si pudieran cortar el aire y las nubes. Por eso la gente sabe que el invierno duele y prefiere reunir ramitas de arce, limpiar las chimeneas, cocer sopas y recogerse pronto con los abuelos en casa, para que adentro parezca que el tiempo es otra cosa.

No hay música en invierno.

Los cristales se empañan y dan ganas de guardar los labios mientras dura.

En ese lugar venden de todo para el invierno. Gorros de estambre, bufandas, guantes, cafeteras, semillas, aceites y flores. Hay una tienda de flores que se llama «Romance». El dueño es muy joven.

Antes de morir, su padre le dejó el negocio. No tenía nada mejor que heredarle. Al muchacho ahora le parece ridículo el nombre de la tienda y eso a la gente le duele. A veces la

gente quiere comprar un nombre que venga con azucenas o lirios, y la palabra 'romance' anda con esas flores.

Algunos siguen hasta el andén con el ramo en las manos porque ese lugar tiene supersticiones. Todos los que viven en ese lugar alguna vez han esperado a alguien en el andén. Se paran en la punta, inclinan la cabeza en actitud de ruego, aprietan las flores entre las manos, cierran los ojos y velan que pase un tren cualquiera.

Pasan muchas estaciones antes de que llegue alguien, pero la gente sabe que sin esa espera en el andén, igual, no llegaría. Es como si los trenes recogieran los deseos y supieran qué camino darles. Por eso ellos esperan ahí; las flores a la espalda, tenaces y convictos de esa estación que les cabe en el alma con sus trenes lentos y sus silbatos.

Dulce, la señora de la botica, todavía cumple el ritual de la espera, pero todo el mundo sabe que no depende...

Dulce espera un hijo y hasta es capaz de cerrar la botica por eso.

Llegó al pueblo joven. Cargaba pocas cosas en un bolso de paja adornado con flores secas.

Se quedó a vivir en la casona vieja. Venció a los fantasmas de los zaguanes y los suyos propios, porque nunca quiso hablar del pasado. Cuando aprendió los rituales del pueblo, pidió un hijo, no un amor como toda la gente, y en ese lugar se sabe que un hijo no cae del cielo. Pero ella dejó pasar los años y un hombre una vez se atrevió a increparla:

—Señora, usted no debe estar esperando un hijo así, primero debe esperar el amor.

Y ella, sin alterarse:

—¿Usted qué sabe del amor?

Y aunque en el pueblo era verano, vino la policía, y el hombre tuvo un juicio por meterse en la vida de Dulce. Tuvo que barrer las hojas del parque durante siete días —aunque, en el fondo, hasta el juez lo apoyara, más de una vez lo vieron alcanzarle un vaso con agua para que se refrescara, pues en el parque era el otoño de aquel tiempo, había muchas hojas que barrer—.

También hay un cine silente. No es que sea mudo, es que así se llama, y a los mayores de setenta les gusta, porque pasan las tardes recordando los mejores momentos de las películas en la glorieta.

El parque lo hicieron mal al principio. Construyeron unas bancas estrechas, sin espaldares, en una época en que se pensaba que era un delito sentarse a cualquier hora. Que era cosa de vagos acomodarse y dormir en un parque. Un tiempo en el que se pensaba que todo estaba por hacerse y que había que hacerlo. Luego trataron de arreglarlo cuando Hugo —que era sabio— habló del tiempo de las cosas, de los momentos. Entonces dejaron de creer que estaban mal, necesitados de lo desconocido, y construyeron esas bancas ovaladas de granito blanco y plantaron farolas y árboles.

Es un decir, las farolas siguen siendo lo mismo; los árboles, en cambio, han vuelto loca a la gente, porque siguen creciendo y llamando a las aves en ciertas épocas. Porque tienen flores y vainas y algunos parecen llorar unas hojas delgadas que se derraman sin llegar al suelo. Son claritas y forman cortinas perfectas. Les dicen los llorones. Los sauces llorones.

Es un parque perfecto. Las estaciones pasan por él como si hubiera salido de la fantasía. No importa que a su vera esté el otoño despeinando las casas y los huertos, en él puede haber un verano redondo amarilleando la hierba, o la primavera en medio de la nieve, o al contrario... Para algunos, es el pueblo quien vive al revés las estaciones, no el parque.

En el parque hay paseos —camino que siempre retornan— y al centro de la glorieta pusieron la estatua de una mujer con su hijo.

Los dos están prácticamente desnudos. Sobre la mujer cae un velo, y es el niño el que cubre con su cuerpo el pubis de la madre.

La gente de ese lugar está muy contenta de tener una estatua así, sin nombre.

No les importa la desnudez.

Saben que una mujer así, con su hijo, no necesita ropas siquiera.

## 2

**E**se lugar todavía es otro porque tiene calles estrechas de piedra, y un puente en arco construido por Hugo, que era sabio.

Y es diferente por la gente.

A las mujeres les gustan las botas altas y las sombrillas, conversan con los pájaros y son expertas en sembrar girasoles.

Hay una iglesia en la esquina del parque.

Es pequeña, porque el cura que la hizo decidió utilizar la piedra y el cemento para hacer casas, pues ya había parejas de recién casados que no tenían dónde vivir, y otras familias con hijos y todo, viviendo con los antepasados. Hasta llegaron a construir entresijos en las casas altas. Fue así como las lámparas de rombitos de vidrio tornasolado y demás guaraguas desaparecieron de los medios puntos.

—¡Las casas cambiaron tanto! —Es el comentario de los viejos—, todas con su escalera de caracol y su altillo, donde duermen ahora los recién casados o el hijo insoportable.

También hay casas pequeñas que son nuevas y tienen un balcón en la planta alta.

Maravilloso, porque tienen enredaderas blancas y amarillas que trepan hasta las tejas del techo.

Y el río, abajo, se ve verde.

Verde y oscuro.

Baja por una quebrada que dobla y se pierde.

En esa parte, donde la quebrada dobla, hay un mirador.

Una vez al año el cura organiza una caminata y la gente sube en fila para pedir un deseo.

El cura piensa que hay que mirarlo todo para saber qué quiere uno.

Y ese mirador es la única posibilidad de verlo todo.

Y para la gente, ese lugar lo es todo.

Y el mirador queda lejos, no tanto por lo largo del camino sino por lo alto. Tiene mil escalones de pino. Hacia atrás quedaba el bosque de pinos viejos y los han remplazado por otros que ya están medianos. La gente nunca mira ese lado cuando se para a mirar.

Sobre ese mirador se conocieron los padres de Eva.

No tuvieron que mirarlo todo, se vieron y supieron exactamente qué querían.

Abajo esperaba el pueblo hermoso, chiquito... Y les llegó la belleza como una ola caliente.

Daba igual el pueblo o un abismo o una noche cerrada, ellos verían lo mismo.

Y la madre de Eva todavía dice que no entiende esas cosas, que ella nunca había adivinado nada. Y que se vio como subida en un barco en un puerto anaranjado de madera.

Y él que... bueno, que pensó en la primera mujer del mundo al verla.



Y pensó en almendras y en hormigas y en las casas de los cangrejos, porque esos eran sus recuerdos de infancia.

Pensó en la primera mujer sin creerlo, porque siempre le había parecido que el cuento estaba mal, que la primera mujer tenía alas y el mundo estaba lleno de hombres.

Que la mujer salió volando desde la cumbre de una montaña y sobrevoló el valle triste que eran los hombres en esa espera.

Solo uno sabía qué esperaba.

A ese lo tomó de la mano y lo llevó a la colina. Ahí se amaron y tuvieron todos los hijos que dice la historia.

Los otros hombres se convirtieron en pinos y poblaron de bosques la Tierra.

Eso creía Esteban, el padre de Eva, y cuando la vio no tuvo dudas. Le preguntó, como haciéndole un halago:

—¿No tienes alas?

Y ella le respondió con otra pregunta:

—¿No las ves?

Y entonces él la miró y enmudeció ante el olor a bosque de los ojos de esa mujer. Y ahí empezó todo.